

## DISCURSO DE SEBASTIAN MARINE BIGORRA

Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid

*Desde que tuve la suerte y el honor de conocerlos, había admirado en los hombres de «Speiro» muchas cualidades. Entre ellas destacaba lo polifacético de sus conocimientos jurídicos, canónicos, civiles, políticos, económicos... En esta ocasión he de añadir, también, los diplomáticos. Pues, para decidirme a poner por obra la tremenda osadía que supone el dirigirles yo la palabra esta noche, han actuado con habilidad más tremenda todavía: confiando la invitación a persona a quien jamás podré pagar lo que debo, la han transformado en requerimiento poco menos que notarial, al que de ningún modo podía negarme, aun a trueque de arrostrar las iras del auditorio, que no tendrá ningún trabajo en percatarse de cuán grande es mi atrevimiento.*

*Nada especial, en efecto, me vincula peculiarmente al conocimiento de la gran figura de San Fernando. Con sinceridad rayana ya en el escrúpulo, profesionalmente, no he tenido otros contactos inmediatos con los datos que sirven de rasgos para esa su figura que los relativamente muy indirectos de haber actuado como testigo en la elaboración de algunos trabajos sobre documentos de tierras por él reconquistadas. Ni otra vivencia particular que la impresión todavía viva con que recuerdo que me alborozaba el ver cómo, con una sencillez pasmosa, con el adelanto de las fechas, iba aumentando no menos pasmosamente la extensión de los protocolos: no a base de títulos honoríficamente concedidos, sino de reinos esforzadamente ganados se pasaba de los solos Castilla y Toledo de los primeros años, al conjunto impresionante de los últimos, en cuyo encabezamiento se han ido añadiendo a aquéllos los de León y Galicia, Sevilla y Córdoba, Murcia y Jaén, Badajoz y Baeza... ¡Espléndida decena, en la que el número de los heredados —directamente de su madre o indirectamente (por renuncia de sus hermanas) de su padre— no alcanza el de los reconquistados por su denuedo: aquellas tajfas morunas que, al fin, ante su embate, dan la impresión de haberse derrumbado como un castillo de naipes!*

*Pero sí, para mí, siempre iba a ser difícil ocuparme del santo con alguna autoridad, he de reconocer que esa su actividad, vitalmente reconquistadora, hace que, precisa y desgraciadamente en este año, sea menor la dificultad de invocarle aquí como Patrono de las actividades de «Speiro». En efecto —como ya ha insinuado el amigo Ayuso con gran acierto—, es precisamente sólo a partir de este año, a lo largo de todos los transcurridos desde su fundación, cuando esas actividades van a caracterizarse como efectivamente de reconquista. Las tierras rescatadas al dominio infiel por el rey santo —cuya san-*

(\*) Véase, en VERBO 175-176 (págs. 750-755), la Crónica de esta conmemoración y los discursos de Miguel Ayuso y de Cecilia Ortíz de Zárate.

tividad consistió básicamente en librar las batallas de Dios en un tal rescate, según proclama literalmente la oración de la misa que acaba de celebrarse: «batallar Tus batallas y derrotar a los enemigos de la Fe»— no habían dejado jamás desde entonces de reconocerse súbditas de ese Dios, en aras de esa Fe, bajo ninguno de los sucesores de San Fernando: sólo los años republicanos, en que se prescindió de Sus católicas Majestades, habían silenciado también el reconocimiento de la soberanía de Dios. Y lo mismo las tierras que había heredado y que, a través de su persona —que se diría vocada a la reunificación de España: lo que en su reinado se unió, ya no volvió a separarse jamás—, se reintegraban a la unidad, quebrada sólo por la invasión extranjera e infiel, de la que aquellas tajfas reconquistadas eran triste y ridícula culminación.

Pero no toca en esta ocasión lamentar aquí que también sea en estos tiempos cuando vuelva a resquebrajarse una unidad tan esforzadamente reintegrada, y que nuevamente la bandera de los almohades pueda ondear en las tierras de aquella «Spanna» por antonomasia, sueño y anhelo de ocho siglos que había acunado y acuñado el renacer de la nación. No es lo político lo sustantivo en las actividades de «Speiro», sino lo religioso; y a la unidad religiosa procurada afanosamente por la vocación vital del rey santo de Castilla, es a lo que se refiere sustantivamente la adecuación de su patronazgo a las actividades de «Speiro», auténticamente reconquistadoras a partir de su Fiesta en este año, primera que se celebra en la intimidad del luto por la desconfesionalización (= descaticización, y aun descristianización, toda vez que no ha ocurrido —como bajo los reyes y príncipes protestantes o emperadores cismáticos— que sencillamente se haya sustraído el Estado a la debida obediencia a la Iglesia, o a la profesión de todos sus dogmas, sino que se ha renunciado por entero a Cristo-Dios), oficializada como pretendidamente fundamental, del Estado forjado con temple de espadas por el rey santo y sus sucesores los católicos.

Como sabéis, el próximo domingo se nos invita a celebrar en el Cerro de los Angeles el sexagésimo aniversario de la consagración oficial de España al Sagrado corazón (un poco rápido resulta en este caso el correr de las generaciones; pero el hecho presenta ya la terrible innegabilidad de los atestigüadamente históricos: la generación de los abuelos consagró, la de sus nietos ha desconfesionalizado). Permittedme, entre tantas otras cosas que me aguantáis, que me deje llevar ahora algo de mi deformación profesional y reclame una corrección epigráfica en el monumento nuevo: a partir precisamente de este sexagésimo aniversario del derrocado por la vesania roja, previo fusilamiento del Homenajeado, la verdad reclama añadir un acento en la inscripción tan ilusionadamente esculpida en el que sustituyó: ya no «Reino en España», sino «Reinó en España».

No se me objete que esta corrección que presento como exigencia de la verdad histórica es mero fruto de un resentimiento subjetivo: una especie de venganza o derecho al patateo que me llevara a columniar de irreligioso a un régimen por aversión política a quienes me lo han impuesto traicioneramente destrozando al legítimo que les encumbró. No: su anticristianismo es patente y no me lo invento: permite (¡y por una miseria de votos!) no sólo la venta, sino la propaganda de los anticonceptivos; es decir, la negación en público de la moral de Dios y su oposición directa a ella. Blasona de la inminente disponibilidad de una ley de divorcio, en la que —dada la igualdad de los ciudadanos ante la Constitución, unidad indiscriminable según sea por motivos religiosos— ninguna excepción cabrá hacer que deje a salvo ante el Estado la indisolubilidad del matrimonio entre católicos incluso.

(¡Cuán duro hablar de ello justamente en la fiesta de San Fernando! Se diría que él llevaba en su vida misma el antídorcio hecho persona. Hijo de un matrimonio declarado luego nulo, fue educado en la santidad por aquella Berenguela que jamás contrajo otro. Enfrentado en una ocasión políticamente, ya como rey de Castilla, al de León, le ruega la avenencia en términos enternecedores: aun bevedero en lo político del reino de su madre —que, en virtud de la sentencia, ninguna obediencia marital debía a Alfonso IX de León—, se le declara hijo sumiso y protesta que jamás podrá llevar armas contra su padre. Dios le iba a recompensar, aun en esta vida, y pronto, tanta piedad filial: a la muerte de su padre, sus hermanas, sin resistencia, le ceden el reino de León, del que aquél las había hecho herederas, y el santo hijo ciñe —en toda la plenitud del vocablo— la corona paterna a la de su madre, uniendo humanamente, ya más allá de la muerte, los derechos de quienes no habían estado canónicamente unidos en vida).

Todo lo contrario en estos tristes tiempos de reconquista que nos ha tocado vivir: diputados y ministros de organizaciones apostólicas, clérigos y teólogos, incluso obispos —sí, los obligados a vivir en estado de perfección— andan con distingos, votan «globalmente», propagandizan el mal menor, subreptan como enanos frente a la gallarda afirmación del Maestro: «Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre».

Demasiado tajante para ellos, los hombres cortesanos y pulidos, los del consenso y el papel de lija, los del cambalache y el disimulador. Todavía el Pontífice con quien se cierra, por el momento, la serie de los grandes Papas, Pio XII, podía quejarse solamente de la pérdida de la conciencia del pecado, como mal típico de su tiempo de recio gobierno y nitida doctrina. En la actualidad, a aquel desconocimiento del mal de parte de muchos que lo obran inconscientemente, ha venido a sumarse el oscurecimiento del bien por quienes estaban apostólicamente obligados a hacerlo brillar. Es el rasgo estilístico más acusado de la prosa (para- y post-) conciliar. El sí, pero no —y el no, pero acaso— de la Declaración sobre la Libertad religiosa, del Novus Ordo Missae, de la práctica invalidez de tanto canon antes de haber sido abolido o reformado y de tantísimas cosas más... Entre ellas, los arrepentimientos siempre del mismo cariz: las desexcomuniones, la «comprensión» respecto a la posible evolución de la masonería, la palinodia —en pluma del mismo prelado— de que «cuando dije que, si España dejaba de ser católica, dejaría de ser España, afirmé una tontería». No, señor cardenal: fue entonces cuando llevaba razón Su Eminencia, y el tiempo se ha encargado rápidamente de reconocérsela. España, al dejar de ser católica, es una colonia yanqui o soviética, según manden unos o manden otros; podrá ser, incluso, si me apura, una colonia vaticana, si mandan algunos de los que ahora Su Eminencia patrocina. Pero, como colonia, deja de ser libre y, por ello, ya no es la España que pedazo a pedazo, taífa a taífa, iba liberando San Fernando y acabaron de liberar los Reyes Católicos, hasta que hubo que hacerlo nuevamente del emperador de los franceses, y aun de nuevo contribuyó a liberar Vuestra Eminencia en más reciente ocasión.

¡Ob beatitud, ya en vida, la de San Fernando, que, en lugar de haber de entenderse con una Conferencia episcopal dadagliana, se las entendía y se entendía perfectamente con un coloso del arzobispado toledano, como fue don Rodrigo Jiménez de Rada, y en lugar de aguantar los embates de generales y provinciales progresistas y socializantes contaba con la disciplinada obediencia de Maestros y súbditos de las Ordenes militares. ¿Cómo no había de entenderse con el arzobispo reconquistador y con los frailes del voto guerrero contra invasores infieles el rey que se declaraba, a su vez, Caballero

de Dios, Siervo de la Virgen y Alférez de Santiago? Y no sólo de palabra, sino de hechos y continuamente: desde aquella fidelidad al juramento empeñado incluso con los enemigos de la Fe, que tanto debía de costarle mantener, pero que observó impoluto según ellos mismos le reconocían, basta la edificantísima escena de poco antes de su muerte, auténtico antidoto de la comunión en la mano de los tirayaflojadores postconciliares, en que no sólo el rey se levanta del lecho de su enfermedad y se postra para recibir el Viático, sino que, para demostrar su indignidad ante el Rey verdadero y universal, se dispone a hacerlo con una soga atada al cuello, reconociéndose vil esclavo ante la Majestad divina. Y ello pese a que el Señor se lo llevaba casi joven de cuerpo todavía y jovencísimo de espíritu e ilusiones, cuando, estratega conocedor de la valía de los segundos frentes y predecesor, así de la «política africana» de la reina católica, se disponía a llevar a tierras mauritanas la reconquista de la Cruz...

Así de limpio y entero el perfil recio y los rasgos acusados de la santidad del Patrón a lo largo de toda su vida, hasta en lo que la muerte le impidió consumir. Todo lo contrario de la difuminación y la pérdida de matices. ¿Habéis pensado, amigos, lo que sería un mundo de sólo siluetas oscuras, sin brillo ni color, ese mundo de la etapa próxima a la ceguera absoluta, en que ya sólo se capta el bulto de las cosas?

Gran Patrón San Fernando para quienes con vuestro pensamiento y vuestras publicaciones combatis la difuminación de los perfiles del bien y su ensombrecimiento en una anodina mezcolanza con las tendencias al mal y con el mal mismo. Gracias, amigos de «Speiro»: seguid, bajo la guía del rey reconquistador, la reconquista del trazo certero en vuestra labor a pluma; continuad iluminándonos, como los coloristas medievales que iluministas seguimos llamando, los colores precisos con que hacen irisar la figura de la bondad inalterable los cambiantes accidentes de las luces de cada tiempo.

Amigos de la Ciudad Católica: el más entrañable de los reinos recobrados para el Rey de reyes por San Fernando, tiene a gala, todavía hoy, el ser llamado «Santo reino». Sí, también los reinos están llamados a la santidad, mediante unas leyes y una puesta en práctica de las mismas que faciliten a los súbditos la santificación en la colectividad. En reconquistar aquellos fundamentos legales que uno de vosotros llamó acertadísimo «ortodoxia pública», estriba la labor ineludible del momento. Porque esta santidad colectiva representa el auténtico adelanto y el verdadero progreso de las ciudades, toda vez que les procura la máxima felicidad que como tales les es alcanzable: el máximo bien común.

Y la esencia de la amistad verdadera consiste en desear y conseguir para el amigo la mayor felicidad.